

DOMINGO DÉCIMOTERCIO DESPUES DE
PENTECOSTES.

Como el Evangelio de la misa del dia es siempre el que sirve de título y da el nombre á los domingos despues de Pentecostes ; se ha llamado por tanto comunmente á este el de la curacion de los diez leprosos ; los griegos y los latinos convienen en esta denominacion del décimotercio domingo. Podria tambien llamarse el domingo de la ingratitud, puesto que de los diez leprosos que fueron milagrosamente curados por el Salvador , no hubo mas que uno solo que viniese á dar gracias á su bienhechor , sin que los otros nueve hubiesen parecido mas. *Solo este extranjero es*, dice el Salvador , *el que ha vuelto y ha dado gloria á Dios*. La atencion que el Salvador hace aqui sobre el reconocimiento de este extranjero , que fué el único de los diez que volvió á darle gracias , es una instruccion misteriosa. Hase dicho ya que la Iglesia reune á los fieles todos los domingos , no solo para orar y asistir al divino sacrificio , sino que tambien para alimentarlos con el pan de la divina palabra , é instruirlos en las grandes verdades de la religion , les da cada domingo una leccion particular sobre algun punto de la moral y del dogma. La leccion de moral se contiene ordinariamente en el Evangelio del dia , y la del dogma se halla en la Epístola. El introito de la misa es por lo común una oracion que puede servir de modelo para enseñarnos á orar bien.

El introito de la misa de este dia está tomado del *salmo 73*. Previendo el Profeta las desgracias que debian suceder á todo el pueblo , dirige á Dios una piadosa demanda , llena de amor y de confianza ; quejase á Dios en nombre del pueblo de la desolacion de Jerusalem y de toda la nacion , é implora el auxilio del cielo. Este salmo conviene perfectamente á la Iglesia perseguida no solo por los paganos , sino mucho mas tiempo todavía por los herejes , que no cesan aun de perseguirla. Véanse en él rasgos vivos y elocuentes , espresiones fuertes , grandes y patéticas que convienen admirablemente al asunto , y que traen á la memoria los escesos y los sacrilegios de los herejes ; he aqui algunos de ellos : *Levantad cuanto antes, Señor, la mano sobre nuestros enemigos, para que su orgullo quede abatido para siempre : ¡ah! ¡ cuántas impiedades han cometido en el lugar santo ! ¡ en vuestro templo ! ¡ Con qué insolencia han profanado el lugar santo , en el cual celebrabamos nosotros fiestas en vuestro honor ! Ellos*

han enarbolado sus estandartes en el lugar mas alto del templo , igualmente que en las encrucijadas , sin hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano. Hânse animado los unos á los otros para echar las puertas á bajo á golpes de hachas , como hubieran derribado los árboles en una floresta ; han volcado las puertas á hachazos y á golpes. Esta nacion impía , y todas sus sectas , aunque diferentes entre sí en dogmas , en errores , en intereses , han convenido siempre en este artículo ; todos han dicho unánimemente : *Abolamos en la tierra todas las fiestas del Señor*. ¿ Quién no ve en esta muestra el verdadero retrato de los herejes de los últimos siglos ? Tal es el salmo del cual ha tomado la Iglesia las palabras que componen el introito de la misa de este dia : *Acordaos, Señor, de la alianza que hicisteis en otro tiempo con nuestros padres, y no olvideis para siempre á vuestro pobre pueblo*. Acordaos, Señor , de todas las maravillas que obrasteis en nuestro favor ; acordaos que sois nuestro Criador , nuestro protector , nuestro libertador ; no olvideis que sois nuestro Dios , y nosotros somos vuestro pueblo ; vuestro honor está , en cierto modo , interesado en socorrernos , puesto que nuestros enemigos son los vuestros. Levantaos, Señor ; vuestra causa igualmente que la nuestra es la que os pedimos encarecidamente que defendais , y que no rechaceis las súplicas humildes de los que os buscan con todo su corazon . ¿ Por qué ¡ ó Dios mio ! nos habeis abandonado , como si nada tuviésemos que esperar de vos ? ¿ por qué estais tan irritado contra las ovejas de vuestro rebaño ? ¿ Está por ventura ¡ ó Dios mio ! encendida para siempre contra nosotros vuestra ira ? ¿ no acabarán jamás estos males ? ¿ habeis arrojado para siempre este pueblo , en otro tiempo tan querido , tan privilegiado ; que vos mismo habeis conducido por el desierto , y como buen pastor alimentado con el pan de los ángeles ? En todo este salmo se ve un modelo perfecto de una oracion afectuosa y llena de confianza , muy á propósito para todas las calamidades públicas , y para pedir al Señor que se digne hacer que cesen los azotes bajo de los cuales gime el pueblo .

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la instruccion que S. Pablo da á los gálatas para enseñarles que la ley no justifica , y que no puede ninguno justificarse sino por la fe , la cual es como la vida del justo . Para comprender toda esta Epístola , y entrar en el verdadero sentido del Apóstol , conviene saber que habiendo predicado S. Pablo la fe de Jesucristo en Galacia , que era una provincia del Asia menor , entre la Capadocia y la Frigia , convirtió allí tan gran número de gentiles , que en poco tiempo formó una Iglesia considerable . La primera

vez que fué allá fué recibido como un ángel de Dios, y como lo hubiera sido Jesucristo mismo, segun él mismo lo dice: *Sin que mis humillaciones, añade, ni mis flaquezas os hayan disgustado.* Pero turbóse muy pronto la tranquilidad y el fervor de aquella Iglesia naciente, por el falso zelo y la envidia de los judíos que S. Pedro habia convertido allí á la fe, antes que S. Pablo hubiese ido á predicar á los gentiles. Estos falsos hermanos, mas bien judíos que cristianos, encaprichados en su antigua ley, no podían sufrir que S. Pablo habiendo convertido á los gentiles á la fe de Jesucristo, no les hubiese obligado á guardar las ceremonias legales. Comenzaron á desacreditar al santo Apóstol para desacreditar mejor su doctrina; trataron de hacerle pasar por un intruso en el ministerio del apostolado; y no hallando nada reprehensible en su conducta, ni en sus costumbres, se agarraron á lo que parecia defectuoso é irregular en su aire, en su voz, y en toda su persona. Despues de haber procurado hacerle á él despreciable, comenzaron á predicar la obligacion de observar en el cristianismo la ley de Moisés. Los gálatas, pueblo simple y grosero, se dejaron persuadir de los halagüeños discursos de aquellos falsos doctores; sin embargo, muchos se opusieron á estas novedades, de lo que resultó muy pronto un cisma en aquella Iglesia. Habiéndolo advertido S. Pablo, y queriendo cortar el curso á un mal tan grave, escribió á los gálatas con toda la fuerza y la vehemencia que exigia semejante abuso. Comienza por establecer invenciblemente su apostolado, como que ha sido llamado á él por el mismo Jesucristo. Refiere su conversion milagrosa, y prueba la autenticidad de su mision. Desciende luego al origen del mal, y á lo que habia dado lugar á aquellas contestaciones y al cisma. Demuestra por un racionio, al cual nada bay que replicar, y por diversos pasajes de la Escritura, que ni la circuncision ni la ley de Moisés sirven ya para nadá; que las bendiciones prometidas á Abraham son para los fieles que han creido en Jesucristo; que propiamente hablando, solo el Salvador divino y sus discipulos son los verdaderos hijos de Abraham, y los herederos de las bendiciones y de las promesas. Que en la Escritura es preciso distinguir el sentido histórico y carnal, y el sentido alegórico y espiritual, que es al que principalmente ha atendido el Espíritu Santo; que los judíos carnales, esto es, segun la carne, están figurados en Agar é Ismael, y al contrario los cristianos en Sara é Isaac; que por la fe hemos entrado en la dichosa libertad de hijos de Dios, y herederos de las bendiciones y las promesas; que los hebreos bajo de la ley no han sido mas que esclavos; que segun la Escritura el esclavo debe ser arroja-

do con su hijo, porque el hijo de la que es esclava no será heredero con el hijo de la que es libre. Por lo que hace á nosotros, añade, no somos hijos de la esclava para que estemos sujetos á los preceptos serviles de la antigua ley, sino de la que es libre, esto es, de la ley de gracia; y esta dichosa libertad es la que Jesucristo nos ha dado, y la que vuestros falsos doctores quisieran destruir, ó al menos inutilizar si pudiesen. Sus perversos designios y sus persecuciones han sido figuradas en la Escritura, y su cumplimiento lo veis bien claro en el día; porque así como entonces el que habia nacido segun la carne; esto es, Ismael, perseguia al que lo era segun el espíritu, esto es, Isaac, así sucede ahora. Sabed, pues, continua el santo Apóstol, que la ley no se ha dado á vuestros padres sino para detener sus trasgresiones; igualmente los que vivian bajo de la ley estaban sometidos á la maldicion fulminada tantas veces contra los que no observaban las ceremonias legales. Jesucristo solo es el que nos ha librado de esta maldicion por la muerte que ha querido sufrir en la cruz: Jesucristo, les dice, nos ha eximido de la maldicion de la ley, habiéndose hecho por nuestro amor un objeto de maldicion, segun lo que estaba escrito: maldito el hombre que está clavado en una cruz. En fin, les hace recordar que por la fe, y no por la ley, han recibido los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, lo cual con respecto á ellos era una prueba evidente de que la ley no era de modo alguno necesaria para recibir la gracia de la justificacion. Habla de la ley de Moisés, en cuyo lugar ha substituído la ley de Jesucristo que es la única que ahora debemos seguir. He aquí lo que desenvuelve el verdadero sentido de la Epístola.

Las promesas se han hecho á Abraham, y al que de él nacerá. No se ha dicho, advierte S. Pablo, y á los que nacerán de él como si fuesen muchos, sino como si solo se tratase de uno, y al que nacerá de él, esto es, á Cristo. Habia Dios hecho dos especies de promesas á Abraham: las unas miraban á su propia persona; las otras á su linaje y á su posteridad. Dios cumplió lo que habia prometido á la persona de Abraham, colmándole de bienes temporales, y concediéndole con una numerosa posteridad una vida tan dichosa como larga; pero su justicia, su obediencia y su fe no debia recompensársele sino en el cielo. Por lo que hace á su posteridad, se la puede considerar, dicen los intérpretes, segun la carne y segun el espíritu: Isaac es el hijo de Abraham segun la carne, y Jesucristo en cuanto hombre es su hijo segun el espíritu, y á Jesucristo propiamente es á quien se dirigen las promesas hechas á Abraham y á su estirpe, y solo en Jesucristo

es en quien se ha cumplido esta promesa: *Todas las naciones de la tierra serán benditas en el que saldrá de ti.* Es evidente que esta promesa no se ha cumplido en Isaac, puesto que los hebreos no tenían comercio alguno con las naciones extranjeras, á las cuales miraban con horror. Estas bendiciones universales y sobreabundantes no se han cumplido sino en Jesucristo, verdadero Isaac inmolido en la cruz por todas las naciones, por todos los hombres, y del que el primer Isaac no era mas que la figura; en Jesucristo únicamente es en quien han sido benditas todas las naciones: no era tampoco la raza de los judíos la que debía multiplicarse como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar; nada fué mas limitado que la Judea; debe pues entenderse esta promesa de la generacion espiritual de Jesucristo, que son los cristianos, y se ha cumplido en la Iglesia y de ningun modo en la sinagoga.

No entra aquí S. Pablo en el pormenor del cumplimiento de las promesas hechas á la estirpe carnal de Abraham; limitase á la estirpe espiritual, que es Jesucristo, dice S. Agustin, en cuanto que ella es la que forma toda la Iglesia de los fieles de todos los siglos, de cualquiera nacion y de cualquiera pais que sean. Si los patriarcas, los profetas, los santos del antiguo Testamento han tenido parte en las bendiciones de la generacion espiritual, no es en cualidad de hijos de Abraham, segun la carne, sino solo como imitadores de su fe, y como pertenecientes ya á la generacion espiritual de Jesucristo y á la nueva alianza; puesto que ninguno, ni en una ni en otra alianza, ha podido salvarse sino en contemplacion y por los méritos de Jesucristo. Esto es lo que hace decir aquí á S. Pablo, que la Escritura no dice que las promesas hayan sido hechas á Abraham y á los que nacerán de él, sino á Abraham y al que debía nacer de él, que es Jesucristo. La promesa, dice Sto. Tomás, es histórica y figurativa: histórica y literal en Isaac y su posteridad segun la carne; figurativa y espiritual en Jesucristo y los fieles. S. Pablo tenia toda la autoridad necesaria, dice este gran doctor, para dar al texto figurativo un sentido determinado y cierto, y capaz de fijar nuestra fe.

He aquí, pues, lo que yo digo: habiendo hecho Dios como un contrato y una alianza con Abraham, por la cual promete á su generacion espiritual, esto es, al que debía nacer de él, que es Jesucristo, todo género de bendiciones; la ley que no se ha dado hasta cuatrocientos treinta años despues, no ha podido anular ni desvanecer la promesa hecha á Abraham. Ahora bien, si por la fe, independientemente de la ley, hemos llegado á ser herede-

ros de los bienes celestiales, luego no será ya por la promesa, la cual queda vana y nula por la ley. Sin embargo á Abraham y á su linaje es á quien se han prometido las bendiciones independientemente de la ley; no es, pues, la ley la que justifica y la que da la herencia, sino la fe. *¿De qué sirve, luego, la ley, si sin ella puede uno justificarse y llegar á ser heredero de las bendiciones prometidas?* La ley, responde S. Pablo, *se ha establecido á causa de los crímenes que se cometian.* Aquel pueblo, enteramente carnal y grosero, cometia mil faltas graves todos los dias sin temor y sin remordimiento. Para darles, pues, á conocer estas faltas, é instruirles de ellas, se les ha dado la ley á fin de que reconociesen, violándola, los crímenes de que se hacían culpables, y se contuviesen por lo menos, por el temor del castigo ordenado por la ley. No se habia dado en efecto la ley para merecer las bendiciones y la herencia prometidas en virtud de la alianza contratada, sino para que sirviese como de luz para reconocer las faltas, y como de freno para evitarlas. Esta ley no se habia dado mas que hasta la venida del que debía nacer, esto es hasta, la venida de Jesucristo, que mediante su espíritu y su gracia nos da bastante á conocer hasta las faltas mas ligeras, y al mismo tiempo nos da la fortaleza para evitarlas; así que, habiendo venido Jesucristo, la ley antigua que los ángeles habian intimado por el ministerio de un mediador que es Moisés, no es ya necesaria para la salvacion en cuanto á sus preceptos y ceremonias legales.

Pero me direis, continua S. Pablo, ¿ luego la ley es contra las promesas de Dios? De ningun modo. Las promesas se han hecho independientemente de la ley, y la misma ley es como un efecto de las promesas, puesto que ella es una señal de la proteccion de Dios sobre los hebreos, á quienes se ha dado para que les sirviese de luz, de freno y de guia; mas esta ley no tenia la virtud de justificarlos por sí misma; recordáales las promesas, y les hacia entender que no debian ver los efectos y el cumplimiento de ellas segun su verdadero sentido, sino por la fe de Jesucristo. *Mas la Escritura, añade S. Pablo, lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fe en Jesucristo se cumpliese la promesa con respecto á los que creyesen.* La ley, dice S. Crisóstomo, ha convencido á los que han vivido antes de la fe, que vivian en el error, acerca de un gran número de puntos de moral. Ella ha hecho ver á los judíos que vivian bajo de la ley que eran prevaricadores; en fin, ella les ha hecho esperar; pero no les ha dado el remedio eficaz á sus males. Este no le han podido obtener sino por la fe en Jesucristo. La antigua ley no se ha pro-

mulgado, concluye el santo Apóstol, para justificar á los hombres, sino para hacerles conocer su flaqueza, y que se penetrasen mejor de la necesidad que tenían de la fe de Jesucristo, su Redentor y Mesías, y que no había otro medio que esta fe para adquirir la herencia.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la curacion milagrosa de diez leprosos, cuya historia es como sigue:

El Salvador, que por donde quiera que pasaba iba haciendo bien, y que obraba maravillas por todas partes, yendo á Jerusalem para la fiesta de la Dedicacion, pasó por medio de la Samaria y de la Galilea. Al tiempo de entrar en un pueblecillo vió venir hácia él diez leprosos, que deteniéndose léjos, porque la ley les prohibia comunicar con nadie, inmediatamente que le vieron desde donde estaban, gritaron diciendo: Jesus, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que el Salvador hizo alto en ellos: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes. La ley establecia jueces de esta enfermedad á los sacerdotes, á los cuales tocaba el declarar si los que se les presentaban estaban atacados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos cuya curacion estaba reconocida ofrecian desde luego dos gorriones, y ocho dias despues ofrecian dos corderos y una oveja, y si eran pobres un cordero y dos tórtolas. Enviando Jesucristo los leprosos á los sacerdotes, les daba á entender que quedarian curados en el camino, puesto que no debian irse á presentar á los sacerdotes sino á fin de que estos pronunciasen sobre su curacion, y que no pudiesen dudar de su mision con un testimonio tan seguro como el del milagro.

Cumplieron con gusto los leprosos lo que el Salvador les mandaba; no dudaron un momento en tomar el camino de Jerusalem como si ya hubiesen quedado enteramente limpios de su lepra. Su fe recibió sobre la marcha su recompensa, y apenas se pusieron en camino cuando todos se hallaron perfectamente sanos. El regocijo que les causó su curacion, hizo que se olvidasen de aquel á quien se la debian; de los diez que eran, no hubo mas que uno á quien ocurriese el pensamiento de volver á dar gracias á su insigne bienhechor, y aun este era samaritano, y por consiguiente mirado como gentil y extranjero; los otros nueve, que eran judios, no fueron tan reconocidos. El samaritano, pues, volvió al mismo sitio sin dejar de alabar en alta voz la bondad del Salvador, y exaltar su omnipotencia. Luego que llegó adonde estaba Jesucristo, se postró á sus pies, pegado su rostro con la tierra, y le rindió mil acciones de gracias por su curacion.

Recibióle Jesus con su acostumbrada dulzura; pero significó bien lo que le llamaba la atencion el paso que acababa de dar, y la ingratitud de los otros que no estaban menos obligados que él á hacer lo mismo. Por esto dijo en alta voz: Qué, ¿no han sido diez los curados? ¿dónde están, pues, los otros nueve? ¿Precisamente no hay otro que este extranjero que haya sido agradecido, y que haya dado gloria y gracias á Dios por el beneficio recibido? La sorpresa que demuestra aquí el Salvador, no es efecto de una estrañeza verdadera, ó de una especie de ignorancia: Jesus no podia admirarse de nada, conociendo todo lo que debía suceder aun antes que sucediese; queria solo abrirnos los ojos para que viésemos nuestra ingratitud para con Dios. Dichoso aquel, dice S. Agustín, que á ejemplo de este samaritano, considerándose como extranjero con respecto á Dios, le da muestras del mayor reconocimiento por los beneficios mas pequeños, persuadido que nada es tan gratuito como lo que se hace por un extranjero y un desconocido. Tenia tambien el Salvador la idea de indicar por estas palabras cuán diferente seria con respecto á él la conducta de los gentiles de la del pueblo judío, el cual no debía pagar los favores tan insignes de que habia sido colmado sino con la mas insigne y la mas negra de las ingratitudes. *Levántate, le dice, ve, tu fe te ha salvado.* Seguramente los otros habian tenido fe, puesto que sin replicar habian obedecido y habian sido curados; pero el reconocimiento de este le atrajo otras nuevas gracias, y es verosímil que el Salvador promete aquí alguna cosa particular á este samaritano, con respecto al bien de su alma y á su conversion. Figura instructiva de lo que sucede todos los dias en el cristianismo. Muchos hay que reciben de la misericordia del Señor curaciones milagrosas, y muchos pecadores convertidos beneficios singulares, gracias particulares; pero pocos se portan con un verdadero reconocimiento, y por esta negra ingratitud se hacen indignos de nuevos favores.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterna Deus, da nobis fidei, spei et charitatis augmentum: et ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod præcipis. Per Dominum...

Dios omnipotente y eterno: aumentad en nosotros siempre mas y mas la fe, la esperanza y la caridad; y á fin de que podamos adquirir lo que nos prometéis, haced que amemos lo que nos mandais. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 5 de la carta de S. Pablo apóstol á los gálatas.

Fratres: Abrahæ dictæ sunt promissiones, et semini ejus Non dicit et seminibus, quasi in multis; sed quasi in uno: et semini tuo, qui est Christus. Hoc autem dico, testamentum confirmatum à Deo: quæ post quadringentos et triginta annos facta est lex, non irritum facit ad evacuandam promissionem. Nam si ex lege hereditas, jam non ex promissione. Abrahæ autem per repromissionem donavit Deus. Quid igitur lex? Propter transgressiones posita est, donec veniret semen, cui promiserat, ordinata per angelos in manu mediatoris. Mediator autem unius non est: Deus autem unus est. Lex ergo adversus promissa Dei? Absit. Si enim data esset lex, quæ posset vivificare, verè ex lege esset justitia. Sed conclusit Scriptura omnia sub peccato, ut promissio ex fide Jesu Christi daretur credentibus.

Hermanos míos: Las promesas se han hecho á Abraham, y al que nacerá de él. No ha dicho á los que nacerán, como si hubiesen de ser muchos, sino cual sino se tratase mas que de uno, y al que nacerá de ti, el cual es Cristo. He aquí, pues, lo que yo digo. La alianza que el mismo Dios ha ratificado, no la anula la ley que se ha promulgado cuatrocientos y treinta años despues, de suerte que sea vana su promesa; porque si el derecho de heredar está fundado en la ley, ya no lo está en la promesa. Ahora bien, á Abraham se lo ha dado Dios por la promesa; ¿para qué sirve, pues, entonces la ley? Esta se ha establecido á causa de los crímenes hasta la venida del que debía nacer, y en favor de quien se habia hecho la promesa; y los ángeles la han intimado por el ministerio de un mediador. Ahora bien, el mediador no lo es de uno solo, y sin embargo Dios no es mas que uno. ¿Luego la ley es contra las promesas de Dios? Nada menos. Porque si la ley se hubiese dado de modo que pudiese justificar, la justicia vendria efectivamente de la ley. Pero la Escritura lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fe en Jesucristo se cumpliera la promesa en los que creyeran.

«Queriendo S. Pablo que los gálatas convertidos comprendiesen bien que la ley dada á los hebreos por ministerio de Moisés no les podia justificar, les propone el ejemplo de Abraham, que no pudo haber sido justificado por la ley, la cual no se dió hasta cuatrocientos y treinta años despues; y que así, aquel santo patriarca no fué justificado sino por la fe en Jesucristo: Abraham creyó á Dios, y esto le fué imputado á justicia. (Ad Rom. 4.)»

REFLEXIONES.

A fin de que por la fe de Jesucristo se cumpliera la promesa en los que creyeran. Toda nuestra salud se apoya en la fe en Jesucristo: la fe en Jesucristo es la base de nuestra salvacion; de la fe vive el justo, y por ella hizo todas las obras de la ley: aun cuando hubiese tenido probidad, buena fe, rectitud, aun cuando hubiese sido irreprochable en sus costumbres, aun cuando hubiese tenido caridad con los pobres, sin la fe en Jesucristo hubieran sido virtudes aparentes, bellas cualidades puramente naturales, frutos agrestes y nunca maduros de un árbol silvestre. La promesa de la herencia ha sido hecha á aquel que debía nacer de Abraham, esto es, á Jesucristo; es menester ser miembro de su Iglesia para ser del número de sus hijos. Todo miembro separado del cuerpo se pudre. Puede muy bien embalsamarsele, esto es, conservarse artificialmente su color y su consistencia. La carne se conserva; pero el miembro está muerto desde que no pertenece á la cabeza; y no pertenece á la cabeza desde que está separado del cuerpo. Terrible y espantosa verdad para todos los herejes, para todos los cismáticos, esto es, para todos aquellos á quienes la Iglesia de Jesucristo separa de su cuerpo. Por mas que se lisonjeen de que pertenecen al cuerpo, si el cuerpo no les reconoce por miembros suyos, y si no son ya miembros, ¿cómo pertenecerán á la cabeza? Los apóstoles lamentaban la suerte desgraciada de aquellos que habiendo sido reengendrados por las aguas saludables del bautismo, instruidos por el espíritu de verdad en la escuela de Jesucristo, habian cerrado los ojos á la luz para no caminar mas que en las tinieblas, y abandonándose á su propio espíritu, no tenian ya por guia mas que al espíritu del error: Estaban entre nosotros, decian, sin pertenecer á nosotros; llevaban el nombre de cristianos, sin tener el espíritu de cristianos. Todo género de bendiciones, dice el Apóstol, gozo, confianza, inmortalidad bienaventurada para los verdaderos fieles, para aquellos que incon-

trastables en la fe no se dejan llevar acá y allá á todo viento en materia de doctrina, ni seducir por la malicia de los hombres, ni por las astucias de que se sirven para empeñarlos en el error; sino que poniendo la verdad en práctica crecen de todos modos en aquel que es la cabeza y el Cristo. Pero para los que quieren contradecir, que se aferran en no rendirse á la verdad, que permanecen obstinadamente en el error y en el extravío, no hay mas que ira, indignación y desventura eterna. Carácter de los herejes, que no rehusan el rendirse á la verdad sino por un espíritu de indocilidad y de contradicción. Ahora bien, si este espíritu de división, de rebelión, de obstinación, subleva tan justamente contra ellos á las potestades de la tierra, ¿qué deben esperar de la indignación de Jesucristo cuando vendrá á juzgarlos? Entonces sabrá muy bien humillar á estos corazones rebeldes, á estos espíritus indóciles, y vengar á la Iglesia su esposa del desprecio que habrán hecho de sus juicios: no hay nieblas que oscurezcan la fe, que no nazcan de la corrupción del corazón, y que no condense el orgullo. De aquí nace la ceguera que impidiendo ver el extravío, causa la tenacidad en el error. Quitad la corrupción del corazón y el orgullo del espíritu, dicen los Padres, y ya no habrá herejes. Jamás se arraigó el error en un espíritu humilde, ni en un corazón puro.

El Evangelio de la misa de este día está tomado del de S. Lucas, capítulo 17.

In illo tempore: Dum iret Jesus in Jerusalem, transibat per mediam Samariam et Galilæam. Et cum ingrederetur quoddam castellum, occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt à longè: et levaverunt vocem, dicentes: Jesu præceptor, miserere nostri. Quos ut vidit, dixit: Ite, ostendite vos sacerdotibus. Et factum est, dum irent, mundati sunt. Unus autem ex illis, ut vidit quia mundatus est, regressus est, cum magna voce magnificans Deum, et cecidit in faciem ante pedes ejus, gratias agens: et hic erat

En aquel tiempo: Yendo Jesus á Jerusalem, por medio de la Samaria y de la Galilea, al entrar en un pueblecillo divisó diez leprosos, que manteniéndose á lo léjos exclamaron, diciendo: Jesus, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que los apercibió: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes; y cuando iban quedaron curados. Uno de ellos, inmediatamente que se vió curado, volvió adonde había partido alabando á Dios en alta voz, y se arrojó á los pies de Jesus, pegado su rostro contra el sue-

samaritanus. Respondens autem Jesus, dixit: Nonne decem mundati sunt? et novem ubi sunt? Non est inventus qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hoc alienigena. Et ait illi: Surge, vade: quia fides tua te salvum fecit.

lo, dándole repetidas gracias; era este un samaritano. Dijo entonces Jesus: ¿No eran diez los curados? ¿dónde están los otros nueve? ¿Solo este extranjero es el que ha venido á dar gloria á Dios? Despues le dijo á él: Levántate, ve, tu fe te ha salvado.

MEDITACION

Que no hay otro mal verdadero en la tierra mas que el pecado.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la lepra se ha mirado siempre en el sentido moral como la figura y la imágen del pecado. La analogía es bastante clara: la lepra es una efusion de sangre alterada y corrompida, que corrompe todo lo exterior del cuerpo; es una especie de cáncer universal, que apenas se cura sino por milagro, y que pone deforme y horrible todo el cuerpo. La lepra hace la voz enronquecida y cascada; el pulso del enfermo es pequeño y pesado, lento y retraído. El rostro del leproso se parece á un carbon medio apagado, grasiento, lustroso é hinchado, sembrado de barros muy duros, y causa horror; sus ojos están encarnados é inflamados; su lengua está seca, negra y ulcerada; toda su piel está cubierta de úlceras ó escamas como el pez; todo su cuerpo exhala una hediondez horrible, y llega á tal grado de insensibilidad que puede atravesársele un brazo y las partes mas sensibles sin que esperimente dolor alguno; en fin todo su cuerpo se pudre y muere, por decirlo así, antes que muera el enfermo, el cual siente un calor maligno tan grande, que arde en medio del mayor frio. No es posible hacer un retrato mas semejante del pecador que el del leproso, ni se necesita hacer la aplicacion; no hay nada que se eche de ver tanto como esta semejanza; por tanto puede llamarse el pecado la lepra del alma. Comprendamos, pues, de aquí, que mal es el pecado; no hay verdadero mal sobre la tierra mas que aquel que jamás puede mirarse como un bien, que es el unico que nos priva del verdadero bien, y hasta de la fuente de todos los bienes, y tal es el pecado.

De cualquier modo que se mire el pecado, siempre es pecado. Juzguemos de él como juzga Dios: el pecado será eternamente el objeto de su odio y de su indignación; lo será tambien eter-

namente de nuestro arrepentimiento, ¿y cómo puede serlo hoy de nuestra solicitud y de nuestra complacencia?

Todo lo que llamamos males en la tierra, no lo son sino en tanto que son consecuencias del pecado. El pecado es el que ha inundado la tierra de tantas desdichas; él es el que ha encendido el fuego del infierno; solo el pecado es el que hace desgraciados; la alegría y la tranquilidad se encuentran donde quiera que reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, constituyendo él mismo todo bien, nunca podría comunicar otra cosa. Solo el pecado produce todo mal privándonos de este bien. Esta es la verdadera idea del pecado. Pero ¿es menor mal el pecado, es menos pecado porque tengamos de él otra idea?

Las reuniones divertidas de las que está siempre desterrada la inocencia; los regocijos del carnaval, siempre tan criminales; los espectáculos, los placeres profanos, origen fatal de tantos desórdenes; ¿prueba todo esto que se mira el pecado con horror? y las mismas personas que viven encenagadas en tales desarreglos, ¿viven siempre con mayor inocencia? familiarizanse con el pecado; pero ¿se acostumbrarán también á la pena que debe seguirle?

¡Ah Señor, qué mal he conocido hasta aquí el pecado! pero ya le detesto: aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que nos engañamos llamando males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad. Todo, menos el pecado, puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, la muerte misma, todo puede servir para hacernos felices, puesto que todo esto puede servirnos para hacernos santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á la adversidad, á los padecimientos, algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no deben los mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador, pero no por esto seréis desgraciados: toda la malicia, toda la rabia de los mas crueles tiranos no es capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. Cuando es uno agradable á Dios, cuando Dios le quiere, ¿qué es lo que tiene que temer? ¡Qué error el mirar el aborrecimiento de parte del mundo como un mal! cuando si el mundo nos aborrece es porque amamos á Dios, porque le servimos. ¡Qué favores, qué ventajas no ofreció el mundo á S. Vicente para pervertirle! y cuando rechazó todas sus seductoras promesas, ¡con qué suplicios tan crueles no le amenazó! Pero ¡con

qué ánimo despreció aquel santo las caricias y los tormentos del tirano! el tormento mas crudo lo encuentra en sus caricias: pierde la vida antes que perder la amistad de su Dios; ¿cuándo pensaremos nosotros así? ¿cuándo raciocinaremos conforme á estos principios? ¿Pasa el día de hoy el pecado por el mayor de todos los males? ¿se le mira como un mal por aquellos que se complacen, que tal vez tienen como un honor el cometerle? Llámase un mal la pérdida de la hacienda, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que son sin duda unas fuentes de bendiciones segun los designios de la Providencia. Pero ¿se mira el pecado como un gran mal cuando se le considera como un medio de hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido hasta aquí, Dios mio! perdónadme mis iniquidades, dignaos escuchar mis votos. Haced, Señor, que antes sufra todos los tormentos; sujetadme á todos los males de esta vida antes que yo cometa jamás un solo pecado.

JACULATORIAS. — ¡Desgraciados de vosotros, hombres impíos, que habeis abandonado la ley de vuestro Dios! (*Eccles. 41.*)

¡Qué horrible es caer en las manos del Dios vivo, y llegar á ser el objeto de su ira! (*Hebr. 10.*)

PROPOSITOS.

1 Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud, la vida misma antes que perder la gracia. Seriamos muy dignos de lástima si estuviésemos en otra disposicion. Pero porque de nada sirven los mejores sentimientos si no se reducen á la práctica, siempre que nos sucediere alguna cosa sensible, ó que aconteciere á los demás alguna desgracia, tomemos la santa costumbre de decirnos á nosotros mismos: no hay mal sino el pecado; consolémonos; esta pérdida de la hacienda ó de la salud puede sernos ventajosa: preservámonos, Señor, de todo pecado; ningun otro mal tememos.

2 Sirvámonos de todos los accidentes molestos que suceden en la vida para decir á nuestros hijos, á nuestros amigos, á nuestros domésticos, que no hay propiamente mas que un solo mal que temer sobre la tierra, y que este es el pecado. Sea este nuestro proverbio favorito. Repitámoslo sin cesar á nuestros hijos; digámonoslo á nosotros mismos cien veces al día, y no nos pasemos ni aun las mas pequeñas mentiras officiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impacencias. Todo lo que pueda alterar, por poco

que sea, la caridad, debe sernos entredicho. La demasiada indulgencia con nosotros mismos al tiempo que tenemos tan poca con los demás, es por lo comun el origen de muchas faltas. Todo lo que puede hacer algun agravio al prójimo, por ligero que sea, y cuanto tenga la sombra solamente de pecado, debe causarnos horror. La imágen sola de un monstruo horrendo espanta. Repitamos muchas veces estas hermosas palabras: *Quiero mejor morir, que manchar jamás mi alma.* No nos contentemos con tener horror al pecado, tengámosle tambien á las ocasiones del pecado; huyamos de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado, cuando no se tiene horror á la ocasion.

DOMINGO DÉCIMOCUARTO DESPUES DE PENTECOSTES.

ADVERTENCIA. *En la Dominica 5.^a del mes de setiembre, que suele concurrir comunmente con la Décimacuarta despues de Pentecostes, celebramos la fiesta de los DOLORÉS DE NUESTRA SEÑORA, cuya esplicacion puede verse en el dia 14 del mes de setiembre, pág. 294.*

EL domingo décimocuarto despues de Pentecostes se ha llamado comunmente en la Iglesia latina el domingo de los dos Amos ó de la Providencia, á causa del Evangelio que se lee en la misa de este dia, y que se leia ya en tiempo de S. Gregorio. Está tomado del capítulo 6 de S. Mateo, en el que el Salvador declara la imposibilidad de servir al mismo tiempo á dos señores, como son Dios y el mundo; no siendo posible agradar al uno sin desagradar al otro, y que es una quimera el querer contentar á los dos. Jesucristo exhorta en seguida á sus discipulos á que no se afanen tanto por las necesidades de la vida; les dice que teniendo Dios como tiene tanto cuidado de las criaturas inanimadas, no es posible que las racionales queden olvidadas; que conoce todas nuestras necesidades, y que no permitirá que carezcamos de nada de lo preciso con tal que nosotros pongamos en él toda nuestra confianza, y que esta religiosa confianza debe particularmente distinguir á los fieles de los gentiles. No es menos interesante la instruccion que contiene la Epístola: está tomada de aquel pasaje de S. Pablo á los gálatas en que el Apóstol les instruye y les previene en orden á los deseos, á las obras y á los

frutos de la carne, la cual combate de continuo contra el espíritu; y sobre la necesidad de crucificar su carne, y no dejarse conducir sino por el espíritu. El introito de la misa tiene una perfecta relacion con los dos asuntos: es una corta oracion á Dios nuestro protector omnipotente, en virtud de los méritos de Jesucristo, la cual concluye por la sincera confesion que hacemos de que no hay honor, gloria, ventaja, ni verdadera dicha sino en el servicio de Dios, que es el mejor de todos los padres.

O Dios, protector nuestro, miradnos, fijad vuestra vista sobre el que habeis ungido rey de vuestro pueblo, y acordaos de él en vuestra morada: uno solo de los dias que yo pasaré en este santo lugar; me será infinitamente mas dulce que otros mil que estuviere en cualquiera otra parte.

Arrojado David de Jerusalem por Absalon, espone en este salmo el deseo ardiente que tiene de volver á ver el *tabernáculo*; esto es, el lugar santo en que Dios queria que le pidiesen, antes de haber edificado Salomon el famoso templo de Jerusalem. Filon describe este *tabernáculo* del modo siguiente: Era un edificio compuesto de cuarenta y ocho tableros de cedro revestidos de oro macizo, bajo de cada uno de los cuales habia un basamento de plata, y encima un chapitel de oro. Estaba rodeado con diez piezas de tapicería de diferentes colores preciosos de jacinto, de púrpura y de escarlata; cada una tenia veinte codos de largo y cuatro de ancho: la longitud del tabernáculo era de treinta codos, y tenia diez de ancho; circundábale un pavimento de cien codos de largo y cincuenta de ancho, cerrado con sesenta pilaritos de cedro revestidos de plata. La arca estaba colocada en medio del tabernáculo en el secreto oratorio, y estaba dorada por dentro y por fuera, sobre la cual habia una como cubierta que se llamaba *propiciatorio*, porque aplacaba la cólera de Dios: rodeábanla muchos velos, colocados con broches y argollas de oro. Llamábase este tabernáculo en la Escritura el *tabernáculo del Señor*, ó el *tabernáculo* por excelencia. David suspira por este lugar santo adonde él iba para dilatar allí su corazon en la presencia de Dios: de este modo nosotros, durante nuestro destierro en esta vida, debemos suspirar por los tabernáculos eternos; esto es, por la mansion de los bienaventurados en el cielo, nuestra amada patria. Busquemos cuanto quisiéremos nuestro reposo, nuestra felicidad durante esta vida; no la encontraremos en ninguna parte. La tierra, maldita por el Señor, no puede producir otra cosa que abrojos. El trono mismo, por mas brillante, por mas rico, por mas elevado que sea, no